

complicado, el *tric-trac* ó *jaquet* de los Europeos, suministra una prueba de las relaciones existentes entre Asia y América: se le encuentra bajo formas muy similares entre los Hindus y Birmanos, que le denominan Patchiti ó Patchit, y entre los antiguos Mejicanos que le conocían con el nombre de Patolli ¹. El naturalista Ten Kate cree haber hallado un testimonio de esas antiguas relaciones en la punta meridional de la península californiana, donde vivían todavía negroides melanesios ². Además se ha descubierto recientemente un hecho importantísimo como indicio de parentesco de razas: se ha comprobado la existencia de manchas pigmentarias azuladas en la región sacro-lumbar de los recién nacidos malayos y sino-japoneses que pueblan el contorno del Océano Pacífico, y esas mismas manchas se hallan en los niños esquimales hasta en la Groenlandia. ¿Cómo no ver en ese rasgo común una prueba de parentesco? ³

Las extensiones inmensas del Pacífico que separan las costas de la América meridional y las de las grandes tierras oceánicas, debieron impedir toda comunicación activa durante el período geológico contemporáneo; pero sin remontarse hasta las edades que dieron á la Argentina una parte de la flora del Gondivana de la India y de la fauna australiana, es cierto que se establecieron relaciones continuas, y probablemente en una época en que los contornos de las masas continentales diferían de su disposición actual entre la América del Sud y las islas occidentales. En las orillas del río Negro de Patagonia y en el país de los Calchaquis, al noroeste de la República Argentina, se han encontrado cráneos que reproducen indudablemente el tipo papua; en las excavaciones de Cuzco en el Perú y en las de Santiago del Estero en la Argentina se han descubierto instrumentos de piedra de origen maori; mazas de madera tallada, enteramente semejantes á las de las islas Marquesas, proceden de las ruinas incas de las inmediaciones de Trujillo y de varios otros lugares de la costa occidental desde Colombia hasta Chile ⁴. El museo de Lima contiene una varilla de tipo samoán admirablemente esculpida, hallada en el Perú.

¹ E. B. Tylor, citado por Karl Gross, *Die Spiele der Menschen*, p. 243.

² *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. VII, p. 564.

³ J. Deniker, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión del 4 de Abril de 1902.

⁴ Philippe Salmon; Gabriel de Mortillet, *Bulletin de la Soc. d'Anthropologie*, 1897, página 447, etc.

Así, pues, por esta antigua vía marítima, no utilizada desde las edades desconocidas, podrían transmitirse diversas pinturas y esculturas simbólicas cuyo origen parece asiático: tales son las *svastikas*, que no difieren de las de la India y del Japón; tal es también el *taiki* de las ruinas de Copan, que es esencialmente la imagen venerada de los Chinos, que representa á la vez el principio varón y el principio hembra, la fuerza y la materia, el rayo y la lluvia ¹. Como quiera que sea, y á pesar del silencio absoluto de la historia, aunque los comentaristas modernos hayan probado la no identidad de Méjico con el Fu-sang de los anales chinos, no queda menos establecido, según los objetos hallados en las excavaciones, que hubo relaciones directas entre las tierras del Extremo Oriente y las del Extremo Occidente. Además, la hipótesis de un movimiento de pueblos europeos hacia el mundo occidental no es de las que puedan rechazarse



Cl. A. Quiroga.

URNA FUNERARIA, HALLADA EN TAFI

Obsérvense las cruces pintadas que tiene la figura.

fácilmente, porque ha habido unión de tierras entre las dos partes del mundo durante los tiempos cuaternarios hasta la época paleolítica. El reno pasó por aquel istmo y tras él pudo pasar el pastor ².

Los anales hallados en distintos puntos y los recuerdos que conservaban los Americanos vencidos, han permitido reconstituir algunos rasgos de la historia precolombiana del Nuevo Mundo. Hay también indicaciones que resultan de las condiciones geográficas del doble continente: el estado de civilización de los indígenas debía corres-

¹ Adan Quiroga, *La Cruz en América*.

² Josef von Siemiradski, *Beiträge zur Ethnographie der Südamerikanischen Indianer*, *Mitt. d. Anthr. Ges. in Wien*, t. XXVIII, p. 170; F. P. Moreno, *Geographical Journal*, II, p. 576.

ponder á las ventajas del medio que les ofrecía la Naturaleza y se hallaba escrito de antemano en la superficie del suelo. De ese modo, ninguna nación grande, por el número ó por el desarrollo de la inteligencia, hubiera podido desenvolverse en los claros de la inmensa selva amazónica, donde las comunicaciones naturales por tierra á través de los pantanos, las malezas y las ciénagas son casi imposibles, donde únicamente puede viajar por agua, en regiones cuyos productos alimentan muy pobremente al hombre, aunque sin exigirle gran esfuerzo para mejorar su vida. Al nordeste y al sud de esas vastas extensiones forestales, hay otras regiones de llanuras igualmente poco favorables al nacimiento y al desarrollo de pueblos prósperos; de un lado están los «llanos», del otro las «pampas», espacios interfluviales que carecen de la humedad necesaria y donde la no existencia de animales domesticables, buey, oveja, caballo ó camello, no permitía ni siquiera la formación de tribus nómadas como las de los Árabes ó de los Mongoles. Más al Sud todavía, los grandes desiertos de piedra de la vertiente oriental de la Patagonia mantenían á los escasos habitantes dispersos en los territorios de caza, y, hacia la punta del continente, los glaciares, los derrumbamientos, las morainas, las rocas abruptas y los bosques reducían también la superficie de las tierras, desde luego avaras, donde los últimos indígenas pasaban su ruda existencia. En el gran triángulo de la América meridional, ciertas mesetas no obstruidas por nieves ó lavas, ó no revestidas de bosques infranqueables, lo mismo que diversas regiones intermediarias entre la llanura y la montaña eran, pues, las únicas comarcas que pudieran favorecer el desarrollo de las tribus en naciones cultas, gracias á las buenas condiciones del suelo y del clima, á la amplitud y á la cohesión suficiente del territorio.

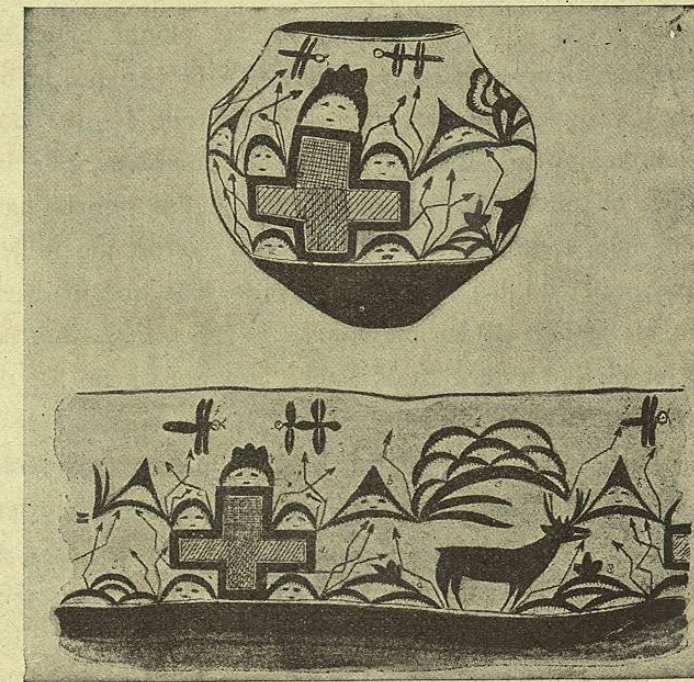
El semillero de las Antillas, pequeñas y grandes, presenta una variedad singular de formas con una diversidad correspondiente de condiciones que hacen de la isla ó de una de sus partes un lugar de residencia penosa ó deseable; pero la mayor parte de esas tierras son verdaderos paraísos por la belleza de los paisajes, la abundancia de las aguas, la riqueza de la vegetación: á la vista de ciertas Antillas, acude la idea de que aquel espectáculo es el más maravilloso que puede ofrecer todo el planeta; á la esplendidez de las líneas y

al brillo de la luz, las Antillas añaden la facilidad de acceso por un mar casi siempre tranquilo, recorrido por vientos regulares: es fácil el traslado de una isla á otra, y así pudieron encontrarse é instruirse mutuamente gentes de razas muy diferentes, venidas del continente americano septentrional ó de las tierras serpentinadas que se desarrollan al Oeste.

Desgraciadamente esa misma entrada libre que favorecía á los amigos, permitía también la penetración de los enemigos, y la obra prolongada de la paz fué interrumpida por guerras de exterminio; hasta los Caribes antropófagos, los «Caníbales»

que halló Colón, y que venían probablemente de la América del Sud, donde vive todavía el grueso de la raza, se habían instalado sobre las costas orientales de la gran isla Española.

A pesar de los retrocesos hacia la barbarie causados por las guerras atroces, habían podido nacer ciertas civilizaciones por el contacto de los inmigrantes de medios diferentes. Los pocos detalles que los primeros visitantes españoles pudieron darnos sobre las costumbres y la cultura intelectual y moral de los Cebuneyes de Haití y de Cuba bastan para mostrar que esas naciones insulares habían salido hacía ya mucho tiempo del salvajismo primitivo y que eran incomparable-



Cl. A. Quiroga,

VASO CEREMONIAL DE LOS SIOUX PARA IMPLORAR LA LLUVIA,
QUE TIENE PINTADO UNA CRUZ

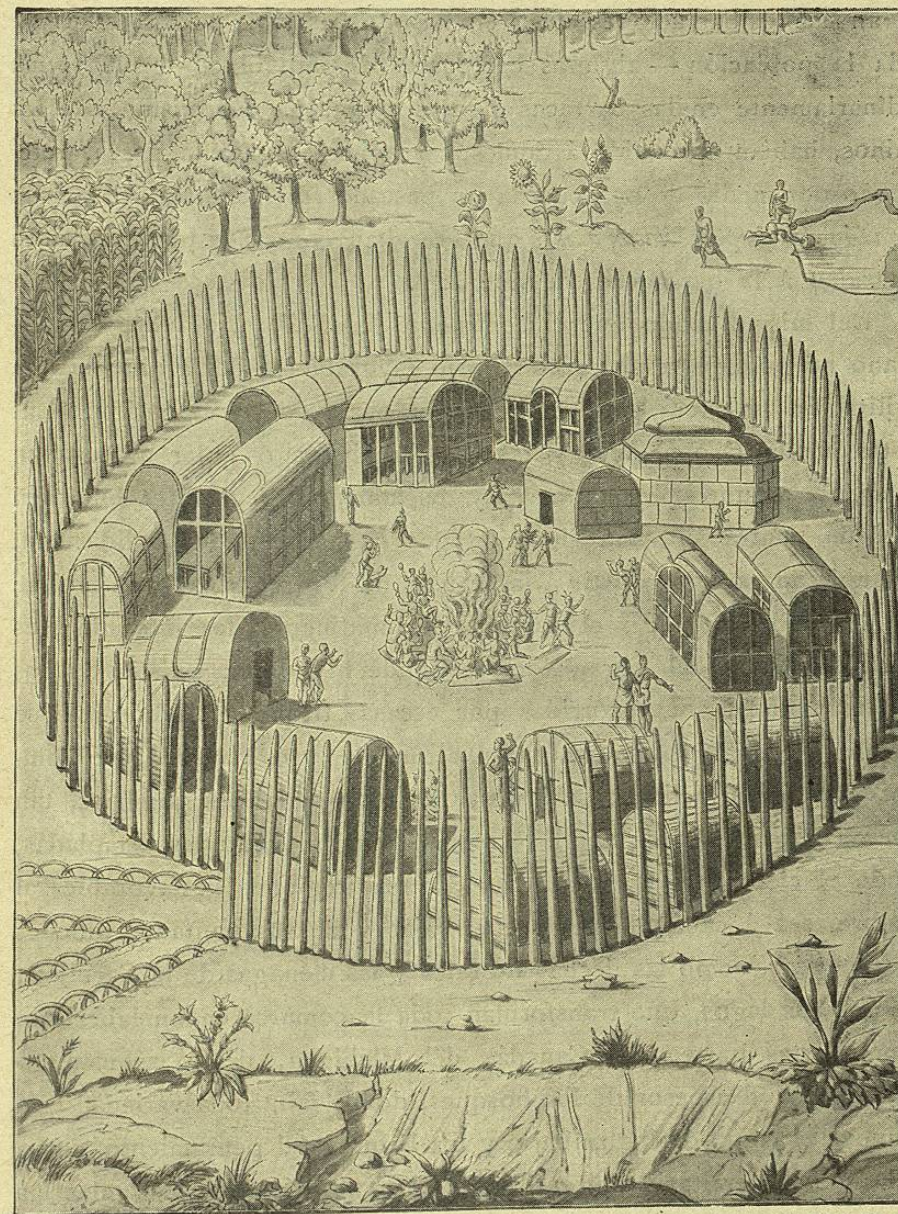
Se ven también cabezas de hombre y de mujer pertenecientes al pueblo de los Nuées, con la frente rodeada de gotas de lluvia; hay insectos de los que sólo se ven en tiempo de lluvia, y probablemente relámpagos.

mente superiores, por la mansedumbre, la bondad y el espíritu de justicia á la banda atroz de los aventureros españoles. Uno de los raptos y expoliadores, Colón, nos dice de los Haitianos que «amaban á sus prójimos como á sí mismos, y que su hablar, amabilísimo y muy dulce, iba acompañado siempre de sonrisas». Pero la obra de exterminio en las minas, en las plantaciones, en las canteras ó por los dientes de los mastines — á la vez que la brutal indiferencia de los recién venidos respecto de todo lo que no fuere oro ó no facilitara su adquisición, — fué tan completa, que la posteridad casi nada ha podido saber acerca de aquellas pobres naciones antillanas. En menos de medio siglo desaparecieron los millones de hombres que poblaban las islas, no dejando más que escasas familias ocultas en los retiros de las montañas¹. Tan terrible fué la opresión, como si el cielo hubiera caído sobre las cabezas de los desgraciados, que los indígenas se enamoraron de la muerte como de una libertadora: comían tierra ó guijarros, se alimentaban con mandioca no despojada de su jugo venenoso. Los Cebuneyes murieron, no sólo de fatiga y de agotamiento, sino también por el deseo de concluir. Las mujeres cesaron de parir ó hicieron perecer sus frutos para que la esclavitud cesara con ellas.

Sin embargo, la raza á que pertenecían los Cebuneyes no fué exterminada por completo, gracias á su extensión fuera de las Antillas en la masa continental de América. Los Mayas de la península cuadrangular de Yucatán formaban parte del mismo grupo de naciones que los habitantes de Cuba; tenían el mismo aspecto físico, el cuerpo rechoncho, la cara ancha, la frente inclinada atrás por la manipulación que les hacían sufrir las madres en la primera edad, y se dice que se distinguían también por su amor al trabajo tranquilo y sus costumbres pacíficas. Pero tenían la ventaja de hallarse mejor protegidos contra la invasión: más alejados de España que sus hermanos de las Antillas, habitaban una tierra baja, rodeada de escollos y arrecifes, que se extendía hasta perderse sus costas de vista; además, no se les podía asaltar por todos lados á la vez, como á los insulares, y, en caso de derrota, les era fácil retirarse á los bosques

¹ Bart. de las Casas, *Destrucción de las Indias*.

impenetrables del interior; por otra parte los marinos españoles evitaron durante muchas décadas después del descubrimiento aventurarse



Cl. Sellier.

VILLA INDIA
según una obra del siglo xvi

en las espesuras del continente. En su territorio bien limitado del Yucatán pudieron los Mayas desarrollar en paz su civilización de una

manera más original y más completa que los Cebuneyes, aunque, según parece, habían llegado éstos á un notable grado de cultura. Siendo grandes navegantes, se aventuraban muy lejos sobre las aguas en anchas embarcaciones que, en caso necesario, podían contener toda la población — algunos centenares de individuos — que vivían ordinariamente en las barracas ó casas comunes. Lo mismo que los Chinos, habían aprendido á domesticar animales para la pesca, reteniendo por medio de una cuerda un pescado con ventosas, el famoso *pegadón* (*Echepeis naucratis*), que lanzaban contra la tortuga franca y atraían á la barca con su víctima ¹.

Del mismo modo que el continente del Sud, el del Norte americano no podía suministrar territorio favorable al desarrollo de una civilización próspera sino en la menor parte de su extensión. Las costas de la Groenlandia y las del Archipiélago polar albergaban solamente algunos pescadores muy diseminados, y si no se hubiesen ayudado contra su mala situación por la más estrecha solidaridad, no hubieran podido resistir á las causas de disgregación y de muerte que les rodeaban. En el espesor del continente, las interminables llanuras heladas del «gran Norte», donde ni siquiera existen ya los árboles enanos, son recorridas por escasas tribus de Indios que se alimentan con animales que pacen el musgo, y es rarísimo ver hombres que logren aclimatarse á pesar de todo en países tan fríos, tan ásperos y privados de todo recurso. Bajo las latitudes templadas, donde el cielo es más dulce, hay diversas regiones desfavorables al hombre, sea á causa de sus costas bajas y de sus pantanos difíciles de franquear, como las flechas litorales y las ciénagas de la Carolina; sea por sus lagos, que transforman toda la comarca en un laberinto, como ciertas partes del Canadá, del Michigan, del Wisconsin, ó también por el espesor de los bosques, donde falta toda variedad que remueva el curso de los trabajos y los hábitos del pensamiento, como casi todo el territorio laurentino. ¿Cómo podrían ser habitadas las mesetas salinas ó nevadas de las Rocosas, ni las grandes llanuras del Oeste, casi sin agua, más que por cazadores nómadas? Escasos eran los oasis donde llegaban á cobijarse las tribus esparcidas, in-

¹ Felipe Poey, *Memorias sobre la historia natural de la Isla de Cuba*.

capaces de instalarse en parte alguna en un grupo formando nación.

Como lo atestigua una carta de la densidad actual de la población, á una tercera parte de los Estados Unidos puede evaluarse la superficie de las diversas regiones donde los habitantes gozaban de condiciones telúricas

y climáticas favorables á su desarrollo, á condición, no obstante, de no hallarse en estado de guerra incesante y que su actividad no consistiese en exterminarse mutuamente. Entre los pueblos de Pieles Rojas, los más felices parecen haber sido las que vivían á la orilla de los estuarios de abundante pesca, mientras que los cazadores, en la estrechura de sus bosques donde la parte de alimento necesaria al hombre representa un gran dominio de la montería, entraban frecuentemente en lu-



Museo de Etnografía del Trocadero.

CORTÉS ALIMENTANDO Á SUS PERROS CON ESCLAVOS

cha en los confines de sus territorios respectivos. Las matanzas, las destrucciones de campamentos y las emigraciones lejanas, que traían siempre, con la pérdida de fuerzas, un retroceso de la civilización, eran los acontecimientos más comunes de la historia precolombiana; sin embargo, muchas instituciones locales, salvadas del naufragio de la raza, lo mismo que los discursos, los proverbios y los cantos, demuestran que el espíritu de los indígenas se había ele-